

Las montañas soñadoras por Hugo Loetscher, escritor

¿Soñarán las montañas? ¿Por qué deberían soñar, esas cumbres rocosas y heladas que se yerguen hasta los cuatro mil metros? Con fuerza, la montaña manifiesta una presencia que desde siempre atrae el cliché "majestuoso".

¿No serán acaso el gneis, el granito y la pizarra, piedras demasiado duras para soñar? ¿Podrán hacerse sueños de gres o nagelfluh*1? ¿No se ahogarán los sueños bajo la capa calcárea al elevarse desde el subconsciente cristalino? No, si hay algo que los Alpes revelan, son recuerdos, recuerdos que se remontan a muy lejos. A más de doscientos millones de años. Hasta las eras glaciares. Memorias de los plegamientos y fallas. Se desnuda y se ofrece a la mirada aquello que las erosiones formaron – ruptura, hundimiento y dislocación – y que el hielo limó y pulió. Cicatrices tectónicas convertidas en valles.

Tal vez, los desprendimientos de piedras, aludes, corrientes de lodo y avalanchas aún evocan ese dramatismo de la violencia natural. ¿De qué, si acaso, deberían soñar los Alpes? ¿No bastan las cordilleras y las crestas recortadas, la cuchilla como divisoria hidrográfica, o la presencia de terrazas, gargantas y cuevas? Un mundo montañoso, atareado con el camino de herradura y el puerto, el túnel, el funicular y la pista de esquí. Un mundo que debe preservarse del turismo de masa del que saca provecho: medio ambiente destruido.

¿O habrá algo en los recuerdos, pese a todo, que invita a soñar?

Aún hay lagos al pié de los Alpes, algunos apresados por coronas de morenas. ¿No es que una vez los mares mojaban las faldas de las cordilleras, mares que se han retirado? Restos de seres vivientes petrificados recuerdan la infancia de los Alpes, conchas y caracoles, una crónica fósil que atestigua el nivel que alguna vez alcanzaron las aguas.

¿Despertarán los mares de antaño añoranzas del día de hoy?

¿Será que los sueños de las montañas no son de piedra sino de agua? De esa nieve que las cumbres más altas conservan todo el año, helada y glacial. Nieve que se derrite bajo un sol que al llegar el ocaso se despide de la cordillera con rojos destellos, como si se desangrara el día.

¿Podrá lo duro e inamovible soñar lo que fluye?

Las montañas hacen brotar manantiales. Arroyos con ganas de huir, lejos de las alturas hacia abajo a la llanura, atravesando prados y pastos, sin temor de caer por una cascada, descansando brevemente en un laguito o en el embalse de un muro de contención.

Y los arroyos se convierten en torrentes, los torrentes en riachuelos, los riachuelos en ríos. No todos se transforman en ríos autónomos. Dos de ellos se unen a uno más grande y pierden sus nombres - ya no es el Ticino sino el Po, pero todavía en italiano; ya no es el Inn, sino el Danubio (Donau) que también se llama Dunaj, Dunan y Dunaw.

El recorrido es más libre cuando los escombros acarreados se depositan en un lago alpino o en un cono aluvial. Pero, en el viaje de los sueños, el ímpetu salvaje del comienzo se amansa con diques, los meandros del deseo se corrigen y se reemplazan los traviesos rápidos por esclusas. Las aguas aprenden a llevar cargas,

embarcaciones y vapores, su energía se aprovecha en las fábricas eléctricas. Ya se aleja la muñeca tallada por los pastores en las praderas alpinas durante los veranos solitarios sin mujer, y aparece en un acantilado la ondina Loreley, que con su canto seduce y pierde a los marineros. No se ven más las máscaras horribles que ahuyentan a los espíritus de la montaña, sino un carnaval con caretas venecianas. Ya no hay águilas ni marmotas, sino pelícanos y flamencos. En vez de gencianas y rododendros, el morol, después de lo inhóspito de la montaña más arriba del bosque, riberas con viñedos, y justo después, arrozales y olivares. Y como los Alpes suizos – un castillo de agua – se encuentran en el centro de Europa, los arroyos se vierten hacia los cuatro vientos, los cuatro mares – el deseo se hace continental. El Ticino con el Po termina en el Adriático, el Inn convertido en Danubio en el Mar Negro, el Rin busca el Mar del Norte, y el Ródano el Mediterráneo. Después de haber pasado por ciudades, claustros y castillos, conocen al mar en los deltas – tal vez pantanosos, cubiertos por densos carrizales, desembocaduras arenosas, o tal vez ramificados, espaciosos, como para recibir uno de los puertos más grandes.

Las montañas despiden sus riachuelos para que el sueño de mar de las solitarias alturas se haga realidad en el ancho mar. Pero los sueños de agua arrastran también todo aquello que, en el viaje a su destino de ensueño, se ha ido reflejando en ellos y lo que se ha vertido en ellos con las aguas negras, cosas que las montañas jamás hubiesen soñado.

*1 (n.d.t.: conglomerado de piedras cristalinas de silicato que componen la molasa)

Hugo Loetscher